



AGENDA DE PODER



POR HUMBERTO
BLIZZARD
@BETOBLIZZARD

Groenlandia y la diplomacia del garrote

En la anterior entrega de esta columna, advertimos sobre algo que ocurre dentro del oficialismo. Una señal que muchos intentaron reducir a un mero episodio de "pluralidad legislativa": la decisión del Partido del Trabajo de no acompañar a Claudia Sheinbaum y su gobierno en la propuesta para imponer aranceles a países asiáticos, principalmente a China. No fue una diferencia técnica. Tampoco una discrepancia coyuntural. Fue un mensaje político claro: la cohesión de la alianza gobernante ya no es automática.

Pero, a pesar de lo anterior, no debemos perder de vista algo: una fisura dentro del poder no equivale, por sí sola, a una pérdida de control. No tengo dudas de que la próxima oposición, la que realmente le compita el poder a la 4T, provendrá justamente de la propia 4T. Algo similar a lo ocurrido en 1987 con el PRI, pero algo que tampoco ocurrirá el día de mañana.

En ese inter, en México, ya tenemos una oposición. Al menos de manera simbólica, oficial, teórica. PAN, PRI y MC, en su conjunto, no tienen los medios para frenar a la aplanadora de Morena y compañía. Aunque aún mantienen ciertos reductos de poder a nivel local, lo cierto es que, aun unidos, no tienen la fuerza para frenar reformas constitucionales en el Congreso. Ni hablar de aquellas que requieren solo una mayoría simple.

Y aquí es donde viene la comparativa entre ambos bandos: oficialismo y oposición. Mientras los primeros empiezan a mostrar grietas internas, los segundos no llegan siquiera al nivel de fracturar-

se: es que jamás terminaron de amalgamarse. No hay una coalición sólida, no hay una conducción clara y, sobre todo, no hay una lógica compartida de actuación.

No se trata de que los partidos pierdan su individualidad. De entrada, cada uno tiene plataformas e ideologías distintas. Tampoco se espera que voten, apoyen o se opongan siempre a iniciativas o propuestas como un solo conjunto, como un bloque. Pero, por política elemental, en un régimen donde el partido en el poder comienza a concentrar el control prácticamente absoluto de todo el aparato gubernamental y hasta republicano, un mínimo de coordinación entre las fuerzas opositoras es lo menos que se debería esperar, ya no para servir como contrapeso al gobierno -algo imposible en la actualidad-, sino simplemente como mera subsistencia.

Pero la cosa se pone crítica cuando esta coordinación no solo no se da entre partidos, sino, increíblemente, tampoco al interior de los mismos. La reciente votación en el Senado para nombrar a la nueva fiscal federal dejó este problema al descubierto. El desenlace de dicha votación -la "ratificación" de Ernestina Godoy- era absolutamente previsible. Lo que na-

die se esperaba fue el desorden que existió en las bancadas opositoras. Aunque el PRI votó en bloque en contra y MC lo hizo a favor, en el PAN el desastre fue mayor: unos sufragaron apoyando la propuesta, otros la rechazaron y otros más se abstuvieron o anularon su voto.

Pero si lo ocurrido en Acción Nacional ya era un desastre, las declaraciones de su líder en la Cámara alta, Ricardo Anaya, terminaron por ponerle la cereza al cataclismo: el queretano pidió dejar constancia de que "en algunas papeletas se tachó, o se rayoneó, pero para efectos legales en todos los casos es un voto en contra". Una auténtica marmora que, además, carece de veracidad: más allá de los votos "nulos", hubo también votos a favor.

¿Cuál fue el sentido de que algunos legisladores blanquiazules anularan o incluso apoyaran la propuesta de Godoy como

fiscal federal cuando resultaba más que evidente que, votaran como votaran, la oposición no podría evitar el nombramiento? ¿Por qué no, al menos, realizar un statement como oposición, votando en contra, en una forma de decir "no podemos detener esto, pero tampoco estamos de acuerdo"? Sencillo: porque algunos legisladores buscaron "quedar bien" con el oficialismo; congraciarse desde la oposición. Dos de los tres votos panistas a favor de Godoy provinieron de se-

nadores de Querétaro; el tercero, de Aguascalientes, los dos estados pintados de azul. Al menos uno de los tres legisladores lo dijo públicamente: "(mi voto) fue una decisión basada en la seguridad, la coordinación institucional indispensable". Quedar bien con el poder a cambio de mantener los apoyos de la federación en sus estados.

Lo inquietante no es solo la amenaza arancelaria. A ellas ya nos hemos acostumbrado. Es el precedente que deja. Si apoyar a Groenlandia podría tener consecuencias, castigos -aunque sean económicos-, ¿qué sigue? ¿Qué pasa cuando un aliado discrepa en otro punto estratégico? ¿Cuánto vale la soberanía de los países pequeños frente al peso del mercado estadounidense, frente a una superpotencia?



Sea como sea, este episodio no debe leerse como una derrota legislativa aislada -esto se da por sentado en cada votación de la actual legislatura-, sino como una derrota organizativa y política de la oposición. Cuando una fuerza necesita salir a explicar cómo votó, es porque falló en algo esencial. Cuando hay que “aclamar” la posición adoptada, es porque esa posición no fue clara en los hechos. Y cuando cada legislador actúa solamente según su cálculo local o su coyuntura regional, lo que existe en realidad no es una oposición articulada, ni siquiera como partidos, sino una suma de decisiones individuales.

El fenómeno no es nuevo, pero sí cada vez más evidente. La oposición mexicana está en crisis y, lejos de dar señales de alguna mejoría, aunque sea leve, parece ir en sentido totalmente inverso: carece de disciplina colectiva y de una narrativa en común. Pero, insisto, esta narrativa ya es inexistente en bloque; y al interior de cada partido, tampoco existe o se distingue. Las reacciones de muchos de estos organismos suelen ser reactivas, fragmentadas e incluso contradictorias.

El resultado termina siendo paradójico: mientras el oficialismo tiene fisuras cada vez más notorias, estas no se traducen en crisis mayores, en gran medida porque no hay una fuerza enfrente capaz de capitalizarlas. Es un equipo de fútbol fallando jugadas claras de gol, pero sin consecuencias, porque enfrente no hay portero, no hay defensa ni delanteros. No hay jugadores: no hay un equipo rival.

Y en el inter, más allá de que, como ciudadanos, en lo individual, podamos estar a favor o en contra de determinadas fuerzas políticas o partidos, como sociedad seguimos perdiendo. Que el oficialismo se pueda dar el lujo de prescindir de todo un partido completo de su alianza y, aun así, seguir arrollando en el Congreso porque la oposición parece más preocupada en explicar lo inexplicable en una votación legislativa, es una mala noticia para la democracia del país, para todos...

Nos vemos el próximo jueves. Tenemos una cita con el poder.

Agendado.